

IDENTIDAD Y DESARROLLO LOCAL. PERSPECTIVAS DE LA GLOBALIZACIÓN DESDE LAS ISLAS CANARIAS

JOSÉ-LEÓN GARCÍA RODRÍGUEZ (EDITOR). EXCMO CABILDO INSULAR
DE LA PALMA, 2002.

Se trata de un libro de la mayor actualidad e interés, especialmente para todos aquellos interesados por los problemas del desarrollo local y territorial. De algún modo podría considerarse un tratado monográfico sobre la identidad como recurso local. Pero la amplitud, la universalidad de los enfoques en el desarrollados, que trascienden la individualidad de los casos (por cierto que no solo canarios o españoles) hacen de esta obra colectiva un libro de imprescindible consulta en otros muchos aspectos del desarrollo local y territorial. La introducción del editor resume bastante bien, a mi juicio, las aportaciones básicas por lo que paso a reproducir la mayor parte de la misma con las lógicas adaptaciones que exige una reseña.

El libro "*Identidad y desarrollo local...*" incluye trece aportaciones de economistas, sociólogos, antropólogos, pedagogos, geógrafos y estudiosos de la etnografía, realizadas por diferentes profesores, en el marco de los Cursos de Verano de 2002 de la Universidad Ambiental de La Palma, y artículos inéditos elaborados por otros investigadores, invitados a debatir sobre la importancia de la actuación política en la construcción de la identidad local o sobre el papel de la difusión del gusto de los productos regionales, todo ello en el contexto del postfordismo, de las nuevas tecnologías y de la crisis del Estado del bienestar. El objetivo de la publicación es poner a disposición de un público amplio, preocupado por los problemas del desarrollo local, un conjunto variado de materiales que pueden servir de apoyo a la reflexión y al debate y constituyen una aportación inicial a la economía de la identidad.

Los símbolos de identidad característicos de cada sociedad se originan en la relación entre el hombre y la naturaleza a través de un sistema socioeconómico. Por tanto nacen de la interpretación del medio natural, de la tradición y de la historia vivida por los habitantes del territorio, del desarrollo técnico y de la organización económica, social y política de la comunidad.

Por otra parte, las señas de identidad de los pueblos son un importante instrumento social, político y económico, que tienen numerosos perfiles y cumplen multitud de funciones en todas sociedades, pues proporcionan arraigo personal a la población, vinculan a los habitantes de un lugar con el medio en que viven y con el contexto social en el que conviven, sirven de base reivindicativa a los movimientos nacionalistas y de defensa de los territorios, e incluso, en algunos casos, llegan a servir de excusa para justificar la exclusión de otros.

Sin embargo, dichos elementos de vinculación territorial no son inmutables; cambian su significación o su valor en relación con las transformaciones económicas, sociales y políticas, que se han producido con el paso del tiempo, es decir, con la evolución de las sociedades y la economía desde el sector primario, en el pasado, al mundo de los servicios, en el presente. En esta dinámica modernizadora, los signos de identidad de las diversas comunidades locales se han ido aproximando, al homogenei-

zarse sus bases económicas y los factores de interiorización y aprendizaje de sus propios símbolos, como pone de manifiesto José-León García Rodríguez a propósito de las Islas Canarias.

Sin embargo muchos de estos elementos simbólicos siguen teniendo en la actualidad un cierto peso en las economías locales y regionales, como, por ejemplo, la restauración de edificios antiguos en los cascos históricos de las ciudades, destinados sobre todo a funciones institucionales, museísticas o profesionales; otros elementos han aumentado su valor patrimonial y son usados, en algunos lugares, en la promoción del desarrollo local, como las casas rurales tradicionales, utilizadas como alojamientos turísticos tras su rehabilitación.

Pero el proceso de globalización de la economía tiene consecuencias en la reordenación de los espacios de producción, en los comportamientos del consumidor, en las normativas reguladoras, en las relaciones de lo público con lo privado y hasta en el sistema de valores y costumbres, según el profesor Rodríguez Martín en su contribución a este libro. En efecto el sector mundializador está dotado de medios e instrumentos capaces de imponer aceleradamente sus propuestas y modelos. Plataformas como las del conocimiento, la competitividad y las redes de conectividad se adecuan y fructifican especialmente en esos procesos dinámicos. Empresas transnacionales, liberalización del comercio internacional, desintermediaciones, desregularizaciones y exteriorizaciones, por ejemplo, están reforzando los mecanismos de dominio del frente globalizador sobre los diferentes formatos del sistema. En consecuencia, nadie discute a estas alturas que la faceta global de la economía seguirá resaltando el perfil de la economía actual. Pero eso no impide que “las sociedades y culturas contemporáneas siguen funcionando, en buena medida, con su idiosincrasia local” (RODRÍGUEZ MARTÍN), aunque se han modificado también los mecanismos sociales de construcción de la identidad, la hacer su aparición la “realidad” virtual para los usuarios de la red.

En este contexto, el individuo no tiene porque escoger entre los tres niveles de identidad existentes, la herencia real o virtual, la capacidad estratégica o el compromiso, según Francos Jauréguiberry. Comparte los tres en mayor o menor grado. La identidad es, al contrario, un proceso complejo y casi siempre generador de tensiones, si no de contradicciones. Su coherencia solo puede ser resultado del trabajo del individuo que maneja y organiza las distintas dimensiones de la experiencia y de sus significaciones de manera que pueda obtener una imagen de sí mismo subjetivamente unificada o, e todo caso, no excesivamente contradictoria. Actualmente todos los observadores están de acuerdo en señalar que la problemática de la identidad remite menos a la anomia o a la crisis de las formas antiguas de integración social que al problema que plantea el triunfo del individualismo. La preocupación por sí mismo, la exigencia del yo, el narcisismo, indican una hipertrofia del proceso de individualización. Todo parece sometido a la búsqueda interior de una “expresión auténtica”. Ser uno mismo, sentirse bien “dentro de la propia piel”, sentirse bien “en el propio cuerpo”, “estar a la altura de” y vivir el máximo de “sensaciones positivas” constituyen una norma de vida (FRANCIS JAURÉGUIBERRY).

El resultado de este sistema individual, según Pedro Gil, ha sido la pérdida de la responsabilidad o la inocencia y la amoralidad respecto de los resultados y de las

motivaciones de cuanto se propone en la sociedad. Es la llegada al extremo del modelo del funcionariado. Desde este punto de vista, anonimato, funcionariado y banalización de los pueblos son elementos del mismo sistema. Los seres humanos son así del todo irresponsables de cuanto no sea su bienestar inmediato. La naturaleza se reduce a fuente supuestamente inagotable de recursos y la comunidad humana se convierte en organización de la productividad y del orden individuales. Se comprende que desde este esquema es inútil establecer ningún análisis de la propia identidad ni ninguna propuesta de desarrollo. En ha desaparecido tanto una como otro.

En nuestros días, aún en medio de todas las malicias y las manipulaciones posibles, sabemos que la emergencia de un nuevo paradigma se muestra por la asunción de la responsabilidad de la alternativa. A diario aprendemos que van juntas la recuperación de la responsabilidad y la recuperación de la identidad. Por eso se ha de señalar que el acento en lo local, en lo próximo, no supone trasladar a lo local los planteamientos de la Administración estatal. Al contrario el sentido de la vida se cifra en la pertenencia y relevancia personales. Lo contrario nos llevaría a trasladar a lo local los mismos criterios o a la equivalencia entre desarrollo y producción-explotación (PEDRO GIL).

Un rasgo importante de esta práctica, según expone en su capítulo Pierre-André Tremblay, es la inclusión de las Ciencias Sociales, de sus formas de aprehensión y análisis de la realidad social, como parte integrante de la intervención. Intervenir en la realidad socioterritorial implica la producción de discursos que interpretan dicha realidad para hacerla comprensible y manipulable. De ello se deriva que toda intervención descansa sobre una “definición de la situación” a menudo implícita y que orientará las futuras actividades. Trabajar en esta definición es una parte importante y frecuentemente ignorada de la intervención. Las Ciencias Sociales intervienen en esta definición contribuyendo a la reflexión de las acciones, los discursos y las interpretaciones. Actuando así participan en la reflexión general sobre nuestro tiempo, lo que ayuda a integrar en la acción a los actores del desarrollo. En la medida que el desarrollo pone en juego a actores vinculados a las identidades centrales durante la propia práctica del desarrollo, se puede considerar que la reflexión es un proceso que influirá en la construcción de las identidades (PIERRE-ANDRÉ TREMBLAY).

Pero intervenir en el territorio supone también, como expone Fermín Rodríguez Gutiérrez a propósito de la montaña asturiana, poner en valor los recursos ambientales y paisajísticos del sistema agrario tradicional, una vez que estos han perdido su funcionalidad, con el objetivo de generar empleo y fijar población a partir de la recuperación del patrimonio edificado y de los elementos de la cultura tradicional, de los géneros de vida del pasado, buscando su integración en la economía actual òr medio del turismo y de la regeneración de los pueblos. Una de las fórmulas incorporadas a la gestión integral de los espacios rurales que poseen población vinculada al funcionamiento de ecosistemas singulares es la figura de parque rural, que ha pasado de la legislación autonómica canaria a la de otras comunidades, como Asturias, con la finalidad de compaginar a protección y el uso productivo de los espacios marginados por el actual modelo de desarrollo.

Otro problema creado por la globalización económica y por la consiguiente igualación cultural es la estandarización de los hábitos alimentarios, la imitación del gusto

norteamericano, la tendencia de las industrias agroalimentarias a simplificar al máximo los sabores, lo que, según Gilbert Dalla Rosa, supone una seria amenaza para la producción de algunas regiones. Ello se debe a que el gusto es algo aprendido, la herencia de una cultura, que se estructura sobre todo durante la infancia, aunque también ha cambiado con las épocas. Ante dicha amenaza, comienzan a aparecer en algunos lugares diversos tipos de manifestaciones de resistencia a la estandarización de los alimentos o acciones dirigidas a redescubrir el gusto por los productos locales, sobre todo en las regiones con fuertes especificidades alimentarias, en las que la economía depende en gran parte del mantenimiento de la producción y la tradición artesana locales. Para los movimientos de desarrollo local y de valoración de los recursos territoriales, la conservación, e incluso la cultura del gusto se convierte en un acto de defensa del patrimonio, porque el gusto es un valor colectivo transmitido, la herencia común de un grupo, el genio creador de una comunidad o un elemento de identidad (GILBERT DALLA ROSA).

En conclusión, el proceso de globalización económica ha provocado la reordenación de los espacios de producción a escala mundial, haciendo desaparecer la mayor parte de los sistemas tradicionales, a causa del incremento de la competencia y de los mecanismos de control desplegados por las empresas multinacionales. Pero ha propiciado a la vez la aparición de nuevas fórmulas de vinculación de los territorios con la economía local, lo que sin duda ofrece nuevas oportunidades de desarrollo para los lugares que adecuen su oferta productiva a las necesidades del mercado y sean capaces de encontrar la estrategia óptima de difusión del modelo alternativo. En definitiva, en el contexto de la mundialización y de la homogeneización cultural, se ha producido también una reafirmación de los valores locales, un afianzamiento de la identidad de los pueblos y una revalorización de los elementos de diferenciación territorial, todo lo cual conviene mucho tener en cuenta a la hora de orientar la economía local y definir una estrategia propia de desarrollo.

Por todo ello el conjunto de reflexiones multiciplinares, e inéditas hasta ahora, que se compendian en este libro, además de contribuir al debate sobre el desarrollo local y territorial desde diversas perspectivas, entre ellas la geográfica, puede ser un excelente auxiliar para contrastar las prácticas de todos aquellos que de una forma u otra están implicados en esta temática.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ